

preciándose más de ser de los del gremio y aprisco de Dios, se humillaba cuanto podía. Y siendo tan docto se puso a leer gramática a los frailes, y también a los indios, en el Colegio de Tlatelulco, y de ellos sacó retóricos y artistas, que fueron después para leer a religiosos mancebos, por la falta que entonces había de frailes lectores. Y esto hizo con grande promptitud de obediencia, sabiendo que dice Cristo que no es el discípulo mayor que el maestro; y que siéndolo él se humilló y bajó a lavar los pies de sus discípulos. Y con este conocimiento, siendo guardián, él era el primero que tomaba la escoba para barrer y para hacer los demás oficios de humildad; y esto se verificó más en Xuchimilco que siendo allí guardián y lector, y labrándose cierto edificio, que se hacía, salía fuera del convento por tierra, con una espuerta y le seguían sus discípulos y los principales del pueblo, tomando ejemplo de su buen caudillo y pastor. Enflaquecía su cuerpo con ayunos, vigiliias y penitencias. En el Adviento y Cuaresma, con predicar en el convento y en la ciudad, se pasaba con una escudilla de caldo, de lo que se guisaba, y un solo huevo de ración principal. El celo que tenía de la salvación de los naturales era muy grande, y así los ayudaba en cuanto podía. Eligiéronlo en séptimo ministro provincial de esta provincia, después que acabó su oficio el santo fray Toribio Motolinía, año de 1552, lo cual él rehusó todo lo que pudo, alegando insuficiencia y poca salud; mas al fin, contra toda su voluntad, lo hubo de aceptar; y antes que pasase un año, por escrúpulos que tenía, con título de faltarle la vista lo renunció y se lo aceptaron. Murió lleno de buenas obras y está enterrado en el convento de San Francisco de Mexico.

CAPÍTULO LXI. *De otros santos varones, dignos de memoria, que florecieron en esta provincia*



RAY CHRISTÓBAL RUIZ VINO A ESTA Nueva España de la provincia de la Concepción, en compañía de fray Juan de Gonna, y de los otros, el año de 1538. No supo lengua alguna de los indios, porque siempre residió en el convento de Mexico, donde fue dos veces guardián y algunas difinidor de esta provincia de el Santo Evangelio. Era religioso de muy concertada vida y mucho ejemplo y dado al ejercicio de la oración, del cual compuso un libro pequeño, que anda impreso. En este bendito padre se verificó la elección que los santos doctores hacen; y en particular el bienaventurado San Gregorio en su pastoral, del buen pastor y prelado, en quien deben andar acompañadas ambas vidas, activa y contemplativa; porque tuvo gracia en regir un convento, no perdiendo por esta ocupación la quietud y ejercicio de la contemplación. Acabó santamente en el Señor, e yace su cuerpo en el convento de Mexico.

Fray Alonso de Ordoz, natural de Soria, tomó el hábito de religión en

el devoto convento de San Francisco del Monte, cinco leguas de Córdoba, de la provincia del Andalucía. Vino a esta del Santo Evangelio el año de 1538. Aprendió las dos lenguas, mexicana y otomí, y en ambas predicó muchos años la palabra de Dios. Vivió en mucha austeridad y abstinencia. Comía una sola vez al día y entonces poco. No bebió vino hasta que siendo muy viejo, por la necesidad que tenía, bebía un poco, rogándose el prelado y otros religiosos. Mas aunque era tan riguroso para sí, era de mucha caridad para los demás y acudía con entera voluntad a sus necesidades, así corporales, como espirituales; porque sabía que son bienaventurados los misericordiosos y que alcanzan de Dios misericordia (como dice Cristo). Jamás negó a alguno el oírle de penitencia, ora fuese indio, ora español; porque a todos igualmente comunicaba la caridad de sus piadosas entrañas, y en estas obras de caridad era incansable. Fue muy afable con todos y andaba siempre lleno de alegría espiritual. Parecía en su persona hombre que su conversación y trato tenía en el cielo (como dice San Pablo) porque andaba siempre elevado y trasportado en Dios; y todos veían en él la observancia de la regla, la promptitud en obedecer, la pobreza singular, la profunda humildad, ferviente celo de la salud espiritual de los prójimos; devoción en rezar el oficio divino y celebrar las misas y muy alta contemplación. Levantábase cada noche a las once y luego rezaba los maitines antes de la comunidad; y con los demás religiosos los rezaba otra vez en el coro, que era acto de grandísimo merecimiento y en que mostraba su ferviente devoción. Y como el demonio veía en el apostólico varón tanta perseverancia en su santa vida, ganoso de verle caído de tan alta perfección, molestábale sumamente con diversas tentaciones: mas confortado del Señor, con grandes vigiliyas y oraciones, alcanzó victoria contra el enemigo, poniéndosele el mismo Señor por ejemplo, cuando en el desierto le venció¹ con ayunos, vigiliyas y oración, apartándose de su divina presencia, avergonzada y confusamente. En la oración recibió muchas mercedes de nuestro Señor; las cuales él con mucho cuidado encubría, a imitación del rey David, que dice en el salmo:² Abscondí, Señor, vuestras palabras en mi pecho, para no pecar, ni ofender la franqueza de vuestras mercedes y misericordias. Y el que revela los misterios, que es el secreto que se le encomienda (como dice el Sabio)³ hácese indigno de recibir mercedes ni beneficios; y los de Dios deben ser guardados, cuando por alguna causa justa no conviene que sean dichos. De día estaba a la continua, estudiando en la librería, o en la celda; y juntaba a la lección la santa oración; porque como otro San Buenaventura, cuando especulaba con el entendimiento lo rumiaba con el afecto de la devoción. De noche nunca metía lumbre en la celda, porque sacado el tiempo del sueño que tomaba (que era muy poco) todo lo demás gastaba en oración. Tuvo singular celo y cuidado de la guarda de la honestidad.

Fue muchas veces guardián en la provincia y en este oficio muy grato

¹ Math. 4.

² Psal. 18.

³ Prov. 20.

y amable a todos los naturales. En el pueblo, llamado Textlalpa, cerca de Tula, le trajeron al siervo de Dios una india otomí para que la bendijese porque parecía estar endemoniada. Metieronla por fuerza en la iglesia, porque de otra suerte no quería entrar, y puesta ante el santo viejo, él por su mucha humildad se excusaba de bendecirla y rogaba al compañero (aunque más mozo) que la bendijese, mas como el compañero, teniendo el respeto debido al santo varón, no lo quisiese hacer, él finalmente la bendijo y luego la india comenzó a dar muy recios temblores, que a los presentes ponía miedo y espanto como despidiendo al mal huésped, que dentro de sí tenía. Mandóle luego se santiguase ella propia; lo cual hecho quedó libre aquella mujer del demonio, que nunca más le volvió aunque quedó muy fatigada; pudiendo decir este varón de Dios lo que los discípulos dijeron a Cristo: Señor, en vuestro nombre lanzamos los demonios de los cuerpos. Pero era tan humilde que aun esto no se atrevió a decir, mas antes lo atribuyó a la señal de la cruz que sobre sí se hizo aquella mujer. Vino a enfermar de la orina y dureza de vientre este padre bendito, siendo morador del convento de Tula, y lleváronlo a la enfermería de Mexico, trayendo en su compañía un santo lego, llamado fray Francisco Ximénez, que eran de un mismo espíritu, donde le serví yo los días que estuvo en ella; y como el mal parece proceder de frío, mandóle el médico dar unos baños en una tina, y cuando entraba en ella comenzaba a cantar un verso de un romance de nuestro padre San Francisco que dice: Estábase San Francisco en los montes, apartado; y cuando llegaba a estas segundas palabras, aunque había comenzado alegre y contento, comenzaba a llorar luego con grandes sollozos, y en cesando de llorar volvía a comenzar el verso y luego lloraba; de manera que jamás lo proseguía, ni podía, sin reventar en lágrimas y en la cama, de noche y de día, no hacía otra cosa sino cantar himnos a Nuestra Señora, en voz entonada y baja, y los remataba con lágrimas. Y entre otros muchos que lo visitaban fue uno el vicario del convento, y le rogó el siervo de Dios se acordase de él en sus oraciones, y lo encomendase a Dios siete días continuos, los cuales cumplidos y recibidos los santos sacramentos, lleno de muchas virtudes y santas obras, pasó al Señor el año de 1584. Está enterrado en el dicho convento de San Francisco de la ciudad de Mexico.

Fray Hernando de Leyva, lego, fue natural de Cidamon, en la Rioja, cerca de Santo Domingo de la Calzada, sirvió a la orden hartos años en la provincia de Burgos, donde tomó el hábito, con mucho ejemplo y trabajo de su persona, porque desde que le tomó se ocupó en estos ejercicios humildes. Y es cierto (como dice Cicerón)⁴ que la costumbre de los trabajos hace más fácil y llevaderos los dolores de su carga y peso; y como también dice Averroes, le es cosa muy suave al hombre aquello que toda su vida ha tenido en uso. Por esto amaba este santo lego los trabajos, por continuos que fuesen y se deleitaba en ellos, como si fueran de su natural suaves. Y como la perseverancia en la virtud no se puede continuar sin grande ayuda

⁴ Cicer. Tuscula. 9. lib. 2. sup. 1. poetriae.

del Señor, dábase muy de veras a la oración, en la cual fortificaba su espíritu y lo renovaba, como el águila que dice David,⁵ y con este fervor de espíritu que tenía deseaba ser anatema por sus hermanos (como otro San Pablo)⁶ y morir por ellos. Y como oyese decir que en aquel tiempo los frailes legos ayudaban en la predicación y doctrina de los indios que se bautizaban en esta Nueva España, tomóle gana de venir a ella, siguiendo a los sacerdotes que venían a esta pelea, como el otro armero o paje de lanza de Jonatás, cuando subió al lugar donde estaban los filisteos; el cual, juntamente con su amo, les hicieron cruda y mortal guerra. Vino, pues, a esta provincia del Santo Evangelio y en todo el tiempo que vivió en ella (que fueron muchos años) fue morador en el convento de Cuernavaca, dando grandísimo ejemplo de santidad, penitencia y castigo de su cuerpo (que es el libro en que este santo varón estudiaba); no aprendió la lengua, ni se aplicó a tratar con gentes; porque puesto que el intento de su venida fue ayudar en la conversión de los naturales, y sabía leer y escribir y entendía algo de latinidad, era por otra parte simplicísimo y muy dado a la oración, soledad y recogimiento; y así se quedó en los ejercicios de su estado de lego, en que se había criado en España, y pudo ser la causa de trocar parecer, hablarle Dios al corazón con aquellas palabras del Sabio,⁷ que dicen: Está en tu testamento y trata y comunica en solas las cosas concernientes a él, y envejecete en la observancia y guarda de sus mandamientos, espera en Dios y estate quedo en tu lugar. Era sumamente penitente y su cama era sola una tabla, con una estera encima; y por ser de su natural complexión frío, y por su mucha edad faltarle el calor, tenía una manta con que se cubría, hecha de muchos remiendos que él mismo cosía. Su hábito (como de pobre) era muy viejo y lleno de remiendos. Mucho tiempo le sirvió de almohada una concavidad que hizo en la pared, donde metía la cabeza, hasta que su prelado le mandó que la tapase por el daño que de ello le podía venir. Desde entonces, hasta que murió, tuvo un palo esquinado por cabecera, sin poner cosa alguna encima de él para más atormentar su cuerpo. Las sandalias que traía eran las que otros religiosos, de muy viejas, habían desechado, porque las remendaba, cosiéndolas con un grueso cordel, y para que entrase hacía los agujeros con un clavo, golpeándolo con un martillo, de suerte que había de andar el pie sobre aquellos gruesos cordeles, y duros, que más parecía que traía las sandalias para ejercicio de penitencia que para regalo, y de aquella manera le duraban muchos años. Nunca comía carne, mas contentábase con pan y fruta; en su última vejez, para poder dormir, cenaba de noche un par de huevos, hechos en tortilla con sebo.

En la oración fue muy continuo, y ocupaba mucho tiempo en ella. Regocíase luego en anocheciendo y levantábase a las diez, antes de media noche, y luego se iba delante del Santísimo Sacramento, donde estaba en oración y contemplación, hasta las tres de la mañana. En todo lo que

⁵ Psal. 102.

⁶ Ad Rom. 9.

⁷ Eccles. 11.

hacía y trabajaba entre día, jamás se le quitaba el *Pater Noster* o *Ave Maria* de la boca; lo cual guardó todo el tiempo de su vida, que fueron más de ochenta años. Y porque la ociosidad, que es enemiga del ánimo (como dice nuestro padre San Francisco)⁸ no le apagase el espíritu de la santa oración y devoción, al cual las otras cosas deben servir, nunca supo estar ocioso, especialmente en su vejez, por lo cual, o cavaba un rato o escarbaba, o podaba los árboles, o barría los caminos de la huerta. Palabra de murmuración jamás se oyó de su boca, ni de presentes, ni ausentes, ni muertos, ni vivos, aunque no fuesen conocidos de los circunstantes. Aborrecía también las palabras ociosas, como cosa de que se ha de dar estrecha cuenta, y siempre quería oír y tratar cosas de edificación.⁹ Tuvo mucha caridad con los pobres y como los indios lo son, casi generalmente, por contentarse con poco y sembrar poco, compadeciase mucho de ellos. Subíase sobre las bóvedas de la iglesia y miraba si los indios tenían calabazas sobre sus terrados (porque allí las ponen para conservarlas entre año, porque es su comida más común y si no las veía angustiábase, pareciéndole que no tenían qué comer; y él mismo sembraba en la huerta del convento muchas y otras hortalizas, para sustento de los pobres, a los cuales cada día los mandaba hacer una olla para darles de comer; para lo cual pidió a la marquesa del Valle una caldera. Cuando veía españoles siempre les amonestaba lo que les convenía para su salvación, y que siempre diesen buen ejemplo a los indios. Decíales que se acordasen de aquello que dice San Pablo:¹⁰ Un Dios, una fe, un bautismo, un Dios y padre de todos. Finalmente vivió y murió como muy santo religioso, y por tal lo tuvieron todos los que lo conocieron, así religiosos como seglares, indios y españoles. Enterráronlo junto a la portería de la casa vieja, donde él muchos años dio de comer a los pobres y necesitados. Su figura está pintada hoy día a la entrada de la portería, por memoria de tan santo y memorable varón.

Fray Francisco Cimbrón vino de la provincia de la Concepción, donde tomó el hábito. Era en el siglo caballero conocido de la ciudad de Ávila. Y porque la virtud y santidad es el esmalte de la caballería y nobleza de sangre, fue en la religión muy observante religioso, celador de la pobreza y limpieza y de la salvación de las almas, y fue también muy estudioso y recogido, fuera del tiempo que ocupaba en la obra de los indios, en cuya conversión y doctrina trabajó muchos años fielmente, y fue guardián en muchos conventos y siéndolo en el de Cuernavaca murió y está allí enterrado.



⁸ Div. Francisci Asisi in opusc.

⁹ Math. 12.

¹⁰ Ad Ephes. 4.